

El Baluarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7'50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION
Lagar núm. 5.

NÚM. 149.

Sevilla.—Lunes 2 de Julio de 1900

AÑO XXIV.

SIN ASUNTO

Duerme el sueño de los justos la Unión Nacional, y sus adeptos se han rascado el bolsillo y apuran las amarguras de los desaires que hace Silvela á todas sus pretensiones. Es lógico: los que amenazaban con las furias de la revolución y se retiraron por el foro, cuando parecía que se iba á producir el choque, son acreedores á que el Gobierno los trate con olímpico desprecio.

La acción popular no se ve por ninguna parte, ni sabemos que la suscripción haya dado los frutos plebiscitarios que iban á elevar al Capitolio á los jaleadores de las clases contribuyentes.

La crisis número ciento treinta y siete, provocada por Villaverde, ha sido conjurada. Acaso surja mañana.

La Reina suspende sus audiencias en la Plaza de Oriente para abrirlas en Miramar.

Del empréstito nadie habla. De política tampoco; sólo algunos corresponsales se hacen eco de un éxito alcanzado por nuestro ministro en Marruecos, que tiene muchos puntos de contacto con los grandes triunfos financieros, políticos y regeneradores del Gobierno que nos ha tocado en suerte. El Sultán se presta á entregar Santa Cruz de Mar Pequeña, como se prestaron los que le precedieron desde que en el Protocolo de Madrid se otorgó la cesión definitiva.

De política interior casi no hay nada; algún rumor lejano se percibe, algún síntoma se advierte del gran descontento del país, y una que otra protesta silenciosa contra la última burla. Hay gran descontento que no se manifiesta. Agitación é intranquilidad que no han tomado forma externa, sin duda por el apabullo de la suspensión de garantías y por la amenaza de los Mausser, á los que se tiene verdadero pavor; pero es porque no nos hemos fijado bien que son sencillamente inofensivas ceibatanas ante el poder de otros elementos que inviolablemente destruyen y que hacen ineficaz la acción del arma de guerra.

La intranquilidad de las gentes, el estado de verdadera excitación en que se encuentra el país entero ha de aumentar necesariamente en estos meses altos del año en que desde arriba nos abrasan la sangre los rayos ardientes de este sol de justicia que pesa sobre nosotros más de la mitad del día, que aumenta la irritabilidad producida por el fuego reaccionario y despótico con que nos consume el Gobierno.

No hay asunto, porque aquí suceden tantas y tan grandes cosas, que no sabemos á cuál dar la preferencia, contando con la venia del fiscal, que en estos momentos es un factor importantísimo.

La prensa de Madrid sigue padeciendo bajo el poder despótico del Calomarde moderno.

Rindamos el tributo debido á la cuestión de mayor actualidad. La ciencia ofrece hoy espectáculo admirable en el jubileo del verdadero patriarca de la cirugía española, el honorable doctor, el probo republicano, el gran médico y el gran patriota D. Federico Rubio. Hoy hace más por España el eminente anciano que todos los bullidores de la redención.

Reciba el cirujano insigne y nuestra Escuela de Medicina los plácemes que rendimos al sabio maestro que ha subido á la inmortalidad.

A. A.

La fé perdida

Oigo decir á diario:
«No hay remedio para los males de España.»

Claro, nadie quiere sacrificarse; un miedo cerval se apodera de los hombres de acción, y cada cual espera la iniciativa del vecino. En medio de tan vergozosa pusilanimidad por parte de todos, resulta ser Paraiso un héroe de Homero.

La asquerosa masa neutra, que disfrutaría sin el menor reparo de los beneficios traídos ó

conquistados por los *inhallables* Dantón, Villacampa, Vergniano, Prim, Ducos, Garibaldi, Fonfrede, toda una pléyade de altruistas cuya memoria quedará imperecedera, se regodea mansamente en este suicida *stato quo* sin procurar hacer el menor esfuerzo en pro de su propia salvación, esperando todo de los á quienes aplaudirán, *si parecen y triunfa*, y de quienes se reirán *si perecen* y sucumben en la lucha por patria.

La juventud española parece ser contagiada de los achaques morales de los carcajales que personifican la descomposición del cuerpo nacional.

De ninguna parte surge EL HOMBRE que se espera. Nadie tiene conciencia de su propio valer, y llega la aberración de muchos hasta el punto de contar con el arrepentimiento tardío de los empedernidos traidores que han turnado en el poder supremo, y que han llevado el país á su completa perdición moral y material á cambio de su infamante medro personal.

La crasa ignorancia del pueblo, fomentada por el monaquismo y demás instituciones *morbosas*, hace la empresa redentora muy ardua, no hay que dudarle; pero de aquí á renunciar á días mejores hay un abismo.

El tiempo, evolucionista pasó á la historia. Hoy hacen falta apóstoles dispuestos al sacrificio. Sirviéndome de la expresión vulgar, me consta, y debe constar á todos los hombres, que no se escaparán de *rositas* los iniciadores del grandioso movimiento revolucionario. No; es preciso, de toda precisión, que la sangre de hombres generosos, de verdaderos españoles, riegue y purifique este suelo, porque de ese riego ha de resultar la fructificación, y de esa fructificación ha de salir una nueva generación que hollará con su planta el *ternero de oro*, y que, cual otro Cristo, echará á latigazos fuera del sagrado templo de la Patria á toda esa caterva odiada de mercaderes que compran y venden las conciencias como vil mercancía.

Si salen pronto esos hombres, y si los demás no secundamos enérgicamente su generosa iniciativa, aún al precio de nuestra sangre, de nuestra libertad, nuestros hijos tendrán derecho de mancillar nuestra memoria con su justo desprecio.

Sabemos que no hemos de comer de la fruta del árbol que nos proponemos sembrar, y precisamente en ello consiste el verdadero espíritu de regeneración.

La fé perdida en un pueblo lleno aún de vitalidad equivaldría á un suicidio voluntario y cobarde, cuyo crimen sepultaría en la vergüenza y en la miseria á las generaciones venideras, y tanta ignorancia á cambio de algunos años de misera vegetación y de haber servido de hazmeir al mundo entero.

Hacerse bien cargo que los momentos presentes *parecen ser* los más críticos de la historia contemporánea de España. El gobierno actual busca su equilibrio en peligrosas combinaciones, en corrupciones de todos géneros, no ya, como anteriores gobiernos, para sostener el desvenecado trono borbónico, pero sí sólo por sed de poder.

Hay una analogía muy grande entre la situación actual de la España de hoy y la de la Francia de 1789.

¿Tendremos los mismos resultados?

ADOLFO VASSEUR CARRIER.

CHINA

Asombra el modo como aquí se aprecia los sucesos de China. No se muestra interés sino por los europeos. Se los querría ver ya dentro de la capital del imperio. Se encarece y exagera las violencias de los chinos contra los extranjeros, y nadie recuerda las bárbaras depredaciones y el satánico orgullo de los extranjeros contra los chinos.

Nos antecedieron los chinos en muchos de los adelantos de que nos envanecemos, y hoy ejercen industrias en que no conseguimos igualarlos. Manufacturas nos mandan que nos maravillan, y los tratamos como gentes imperitas, incapaces de todo progreso si no los agujonea la espada de nuestros mandarines.

Ignora nadie que el propósito de los europeos sea repartirse el Imperio, aquel Imperio que mide más de 4,000 millas cuadradas, cuen-

ta 402 millones de habitantes y exporta al año por más de 4,000 millones de pesetas. Nadie protesta contra tan infame intento; se aguarda con impaciencia que se lo realice. Extraño es ya que aquí no se diga que deberíamos llamarnos á la parte, y mandar á los puertos de China parte de nuestros averiados buques con miles de hombres de desembarco.

Al ver á los ingleses marchar contra los boers hubo en todos los pueblos de Europa gritos de indignación contra los invasores; al ver á los boers venciendo sonaron en todas partes gritos de júbilo. No los ayudó nación alguna ni siquiera con gestiones amistosas; pero se demostró siquiera que se sentía el derecho y se condenaba la invasión, el hecho.

Nada de esto acontece respecto á China. ¿Será posible que al concluir el siglo XIX veamos consumada sin escándalo de nadie una iniquidad mayor que la que se cometió con Polonia á fines del pasado siglo? Batid palmas, adoradores del dios de la fuerza. Ya no hay derecho internacional en el mundo. Es ley de la humanidad que los fuertes caigan con ó sin razón sobre los débiles y los devoren. Sucumbirán las repúblicas del Africa del Sur, sucumbirá China, callarán las gentes y el sol del siglo XX alumbrará un mundo de esclavos. ¿No oigo por ventura tan esclavos los que sufren la esclavitud como los que pacientemente la esperan?

Se dice que el Japón se pondrá de parte de las naciones de Europa. Si así es, la señora de Oriente pasará á ser la servidora de Occidente. Ni aun esa nación ¿se atreverá á salir al paso de los repartidores?

Los últimos telegramas dando cuenta de los sucesos de China, dicen lo siguiente:

Según informes recibidos de Washington, los diplomáticos extranjeros continúan en Pekín.

—Los Estados Unidos muestran desconfianza con el acuerdo de las potencias sobre asuntos de China.

En Manila hay dispuestos á partir 4,500 hombres.

—El Ministro de Estado ha recibido telegrama del cónsul español en Shanguay que confirma están destruidas las legaciones en Pekín.

El embajador alemán fué pasado á cuchillo, sufriendo catorce puñaladas.

—El comandante del crucero *Elba* telegrafía que los edificios de las Legaciones extranjeras que se han salvado del incendio fueron los ocupados por la inglesa, francesa y alemana.

Los diplomáticos han buscado refugio en la legación inglesa.

El cuerpo de policía

Ya que por las perentorias necesidades de las sociedades del mundo entero se impone una policía, y que un reglamento especial constituya á ésta como á un ramo distinto de otras varias instituciones del Estado, está fuera de duda que los individuos que forman el cuerpo de policía deben ser, si no Sénecas, al menos gente culta, sobre todo, honrada y conocedora de sus verdaderas atribuciones.

La policía sólo debe inspirar temor á la gente de mal vivir, á los divorciados de la sociedad ó á los que están en guerra declarada contra lo ajeno.

El día en que sea coartada por completo la confianza que tiene el ciudadano pacífico en el cuerpo de policía, aquel día se hará odiosa, perderá la confianza que en él se debe tener, y hará la olla gorda á los que á costa de la sociedad viven impunemente.

Por desgracia, son pocos los hombres que llenan las condiciones necesarias para desempeñar esos cargos de verdadera confianza. De ahí que á diario tengamos que deplorar lamentables errores ó censurables atropellos.

Cada ciudadano, cuerdo al par que honrado, sabe que una policía honrada y bien organizada, es uno de los engranes más esenciales de la gran máquina social y comprendé las ventajas que reporta el mantenimiento del orden en los muchos detalles que abraza.

Queda, pues, solidamente establecido, que el cuerpo de policía es de toda necesidad para la buena marcha de la sociedad.

¿Cómo se reclutan los individuos de ese cuerpo? No es un misterio para nadie. Aparte de un cortísimo número de hombres dignos por sus antecedentes, de desempeñar tales cargos, la inmensa mayoría de las plazas están ocupadas por los paniaguados de los pudientes de la localidad, gentes que se echan á policía por no tener cosa mejor, ó para evitar la labor manual que ha de proveer á su prole del pan nuestro de cada día.

Un día es un periodista vergonzosamente apaleado, amarrado cual vil malhechor y llevado á empujones á la prevención. Otro día es un médico llamado de noche al lecho de un enfermo que recibe una paliza por trasnochador. Otra vez es un extranjero que, para evitar una

desgracia en medio de una inmensa muchedumbre que presencia el desfile de una procesión, grita:—¡Cuidado, que viene un cochel!—es cogido, apaleado brutalmente y llevado cual vil ladrón al través de la ciudad y arrojado en un calabozo, lleno ya de borrachos y demás gente maleante.

Mientras se ocupa la policía en perseguir tenazmente á los ciudadanos pacíficos, campan por sus respetos enjambres de rateros, timadores y demás parásitos que de algún tiempo á esta parte han fijado sus reales en Sevilla.

Hemos dicho y repetimos que algunos de esos funcionarios desempeñan sus cargos con relativa dignidad, pero son tan pocos, que se hace preciso una reorganización en que dominen los elementos de moralidad indispensables para su verdadera acción.

Resumiendo: se hace imprescindible una selección en el cuerpo de policía; hacen falta hombres que inspiren temor á los malhechores y confianza á los ciudadanos honrados, para que esa institución no llegue á parecerse á una pandilla de seres despreciables, asalariados para cometer arbitrariedades, unas veces por ignorancia y otras por obedecer á fines inconfesables.

El atropello de ayer viene á robustecer nuestras modestas apreciaciones.

El condenado á muerte

DE MÓNACO

Constantemente se quejan los periódicos de la debilidad del jurado para con los criminales. Pero en Mónaco esto llega al colmo. ¿Conocen ustedes la leyenda del *Condenado á muerte de Mónaco*? Aquí está, tal como Guy de Maupassant ha podido anotarla en uno de sus libros de viajes. Y conste que el condenado ha existido, de carne y hueso, y que la relación es perfectamente verídica.

«Quisiera tener espacio para hablar largamente de este país admirable (Mónaco), más pequeño que una aldea de Francia, pero en donde se encuentra un soberano absoluto, una artillería cuyos cañones son casi rayados, una etiqueta más ceremoniosa que la del difunto Luis XIV, principios de autoridad más despóticos que los de Guillermo de Prusia, unidos á una deliciosa tolerancia hacia los vicios de la humanidad, de los cuales viven el soberano, los ministros, el ejército, la magistratura, todo el mundo.

Saludemos de paso á este pacífico y excelente rey que, sin miedo á invasiones y trastornos, reina en paz su feliz y diminuto pueblo, rodeado de ceremonias de una corte donde se conservan intactas las tradiciones de cuatro reverencias, de veintiseis besamanos y de todas las fórmulas usadas antiguamente por los grandes dominadores.

Este monarca, como parece natural, no es sanguinario ni vengativo. ¿Es preciso dar pruebas de ello?

Uno de estos últimos años un suceso muy grave y muy nuevo perturbó el reino de Mónaco.

Se cometió un asesinato.

Un hombre, un habitante de Mónaco, no uno de esos extranjeros errantes que se encuentran por legiones en estas costas; un marido, en un momento de cólera, mató á su mujer.

¡Oh! la mató sin razón, sin pretexto aceptable.

La emoción fué unánime en todo el principado.

El Tribunal Supremo se reunió para juzgar este caso excepcional (nunca había habido un asesinato), y el miserable fué condenado á muerte por unanimidad.

El soberano, indignado, rectificó la sentencia.

No quedaba más que ejecutar al criminal.

Pero surgió una dificultad. En el país no había ni verdugo ni guillotina.

¿Qué hacer? A propuesta del ministro de Estado, el príncipe entabló negociaciones con el gobierno francés para que le prestara un cortador de cabezas con su correspondiente aparato.

Hubo largas deliberaciones en el ministerio de París. Se contestó, en fin, enviando la cuenta de los gastos para el tablado, el aparato y el verdugo. Todo ello 16,000 francos.

Su majestad el príncipe de Mónaco pensó que la operación le costaría muy cara: el asesino no valía ese precio. ¡Dieciséis mil francos por el cuello de un granujal! Ahí No, no. Se dirigió entonces la misma pregunta al gobierno italiano. Un rey, un hermano, no se mostraría tan exigente como una República. El gobierno italiano envió una nota que subía á 12,000 francos. [Doce mil francos! Era preciso un nuevo impuesto, un impuesto de dos francos por cabeza. Pero esto podía traer grandes perturbaciones. Se pensó en hacer decapitar al miserable por un simple soldado. Pero el general, consultado, respondió que sus subordinados no tenían la práctica necesaria del arma blanca para un trabajo tan difícil. Entonces el príncipe convocó de nuevo al Tribunal Supremo, y sometióle este caso embarrasoso. Se deliberó largamente sin descubrir ningún medio práctico. En fin, el primer presidente propuso conmutar la pena de muerte por la de prisión perpétua, y la medida fué aceptada. Pero no había prisión. Era preciso instalar una, y fué nombrado un carcelero para guardar al preso. Durante seis meses todo fué bien. El cautivo dormía todo el día sobre la paja de su calabozo, y el guardián hacía lo mismo en una silla, delante de la puerta, viendo algunos ratos pasar á los viajeros. Pero el príncipe es económico, no es este su menor defecto, y se hace dar cuenta de los más pequeños gastos que en su Estado se realizan (la lista no es larga). Se le pasó nota de los gastos relativos á la creación de este nuevo servicio, de la prisión, del prisionero y del vigilante. El sostenimiento de este último pesaba enormemente en el presupuesto del soberano. Hizo un gesto al principio; pero cuando pensó que esto podía durar mucho (el condenado era joven), previno á su ministro de Justicia para que tomara medidas conducentes á suprimir estos dispendios. El ministro consultó al presidente del tribunal, y los dos convinieron en que se suprimiera el cargo de carcelero. El prisionero, invitado á guardarse por sí mismo, no podría menos de evadirse, lo que resolvería la cuestión á gusto de todos. El carcelero volvió á su casa, y un pinche de cocina de palacio quedó sencillamente encargado de llevar por la mañana y por la noche la comida al culpable. Pero éste no hizo ninguna tentativa para recobrar su libertad. Tanto, que un día, como se olvidaran de llevarle el alimento, fué tranquilamente á reclamarlo; y tomó la costumbre, á fin de evitar molestias y paseos al cocinero, de venir á las horas de comida á comer con los criados de palacio, con los cuales hizo amistad. Después del almuerzo iba á darse un paseito hasta Monte-Carlo. Entró una vez en el Casino y arriesgó cinco francos en el tapete verde y como ganara, dióse una comilona en uno de los mejores hoteles, y volvió á su prisión, cuya puerta cerraba él mismo por dentro. No durmió fuera una sola vez. La situación se hacía difícil, no para el condenado, sino para los jueces. Reunióse de nuevo el Tribunal, y se invitó al criminal á que saliera de los Estados de Mónaco. Cuando se le notificó esta medida, respondió sencillamente: —Sois muy graciosos (ó guasones). ¿Qué va á ser de mí? No tengo medios de vivir. No tengo ya familia. ¿Qué queréis que haga? Fuí condenado á muerte. No cumplisteis la sentencia, no me ejecutasteis. No os dije nada. Después me condenasteis á prisión perpétua, y me entregué en manos del carcelero. Me habéis quitado el guardián. Nada he dicho tampoco. Hoy queréis echarme del país. ¡Ah, no! Estoy preso, soy vuestro prisionero, juzgado y condenado por vosotros. Quiero cumplir mi pena fielmente y me quedo aquí. El Tribunal Supremo quedó aterrado. El príncipe se encolerizó terriblemente y ordenó tomar medidas. Se volvió á deliberar. Entonces se decidió que debía ofrecerse al culpable una pensión de 600 francos para que fuera á vivir al extranjero. Aceptó. Ha alquilado una tierra á cinco minutos del Estado de su antiguo Soberano y vive feliz cultivando sus legumbres y despreciando á los potentados. Pero el Tribunal de Mónaco, instruido un poco tarde por este ejemplo, se ha decidido á tratar con el gobierno francés el asunto; y ahora nos entrega sus condenados para que los

pongamos á la sombra mediante una módica pensión. Se puede ver en los archivos judiciales del principado el decreto que regula la pensión del granuja, obligándole á salir del territorio. GUY DE MAUPASSANT.

De actualidad

INUNDACIONES

Dicen de Murcia que én el término de Alhama están cubiertas por las aguas 2,000 fanegas de terreno, quedando destrozadas las siembras. Las aguas descienden con lentitud. En Albox las aguas arrastraron cinco casas, quedando arruinados el Hospital, dos escuelas y 249 casas.

MAESTROS NORMALES

Los maestros normales están disgustados por los propósitos de Aliz de conceder á los licenciados en Ciencias y Letras el derecho á oposición á cátedras de Normales. Dicen que se opone la ley del 57.

AL TRABAJO

Terminaron las huelgas de Granollers.

DENUNCIA

Ha sido denunciado y recogido *El Liberal*.

PARAISO

Paraíso, en Zaragoza, ha sido procesado con motivo de una carta dirigida á un amigo. Ha prestado declaración.

SINIESTRO

En Nueva York produjóse un formidable incendio en un almacén de balas de algodón. Trasmitióse á los barcos de la dársena y ocurrieron desgracias.

COLISION NAVAL

En Southampton ha habido colisión entre los vapores *Orotava* y *Bremen*, yéndose éste á pique. El *Orotava* recogió la tripulación y llevóle al puerto.

GOBERNADORES

La combinación de gobernadores se hará mañana; comprende al de Alicante.

MASHUELGAS

En Gijón quedó resuelta la huelga de los ebanistas. En cambio agrávase la de los mineros de Avilés.

REFORMA

Dato redactará en San Sebastián las bases de reforma de las leyes provincial y municipal.

TRAGEDIA

En la calle de los Cires de Barcelona rió un matrimonio jornalero. Dos hijos pequeños huieron despavoridos. El marido mató á la esposa de dos tiros en el pecho y cabeza. Luego suicidóse. Ella estaba embarazada.

FRANCIA Y ESPAÑA

En París la prensa aplaude el tratado de Francia y España sobre límites de Río de Oro. Dondiseralo demostración de las excelentes relaciones existentes entre ambos países.

EL ESTAMPILLADO

Los comisionados españoles Laigleria y Comán hallanse en Berlín. Irán á Bruselas y Amsterdam.

De Londres sacaron impresiones pesimistas, pues los tenedores del Exterior opónense al impuesto. Los concejales socialistas de Bilbao no dimiten, á virtud de a uerdo de la Asamblea del partido.

CONGRESO MINERO

En París verificóse la clausura del Congreso minero y acordóse que el próximo se celebre en Londres.

EL SERVICIO DIPLOMÁTICO

El Correo, comentando la noticia de la probable supresión de la Legación del Japón, dice que debíamos pensar en economías en el servicio diplomático. Podíamos vivir con mayor modestia exterior y más modestia interior.

EL BANCO

El Banco de España repartirá 55 pesetas por acción como dividendo del último semestre.

TERRIBLE CATÁSTROFE

Detalles del incendio de los muelles de Nueva York. Los embarcaderos quedaron destruidos. Las llamas destruyeron cuatro trasatlánticos y causaron averías á otros dos. Al estallar el incendio, visitaban los barcos gran muchedumbre. Centenares de personas arrojáronse á las aguas, ahogándose muchas.

LA "COSA" DE AYER

Nos repugna relatar estas manifestaciones provocativas de los neos, pero vamos á hacerlo hoy, porque la de ayer merece que se le dedique un espacio en nuestra publicación.

Tomar en serio el estúpido alarde de fanatismo hecho por unos cuantos degenerados ó hipócritas y porción de beatucos, entre las que vimos á una dueña de casa de lenocinio y porción de pupilas de aquella?... ¿Para qué? No merecen los del *corazón santo* ese enfado.

Nosotros presenciámos el desfile, con vergüenza, sí, porque el hecho se realizaba en Sevilla, en esta ciudad de tan hermosas tradiciones liberales, pero con regocijo al par.

Como no ha de causar distracción aquella precipitada marcha de los de la vela, entre apretadas filas de curiosos que se mofaban y divertían de ellos! Hubo frases verdaderamente encantadoras y chistes con toda la gracia de este pueblo que tanto ingenio muestra en sus dichos.

Nosotros oímos cosas, la siguiente: En la plaza del Salvador, la pita arceciaba de un modo formidable: los hermanucos de corazón, avanzaban precipitadamente con la cabeza baja, como pretendiendo de este modo no oír lo que les decían; de pronto, uno de ellos apaga la vela y acercándose á un individuo que no cesaba de hacer sonar una trompeta de madera, le dice con voz patibularia: —¡Caballero, le conozco!

A lo que el aludido contestó con maravillosa naturalidad: —¿Sí? pues... me alegro tanto.

No hay que decir que las risas fueron generales y el *abuqueo* al de la vela, duró rato.

También, y en la plaza del Salvador, fué conocido un gallego de los que llevan equipajes á las estaciones. Al pobre le habían *adornado* el cuerpo con una levita del tiempo de Narvaes, que le *cata* perfectamente. Ser conocido, y empezar la guasa, fué todo uno: cuando aquella arceciaba más, acercóse al disfrazado un sujeto, el cual le preguntó imperativamente: —¿Por qué llevas esa vela?

Aturdido ante la energía de la pregunta, contestó el hijo de Galicia: —Yo... señor, pur tres pesetas.

Y como estos, mil incidentes cuyo relato sería interminable.

Biense lucieron ayer los cofrades del Sagrado Corazón. Conquistaron un verdadero triunfo de chistes. Con los hechos á su costa tendrían éxito seguro todas las obras del género cómico que se estrenen en la próxima temporada de invierno en todos los teatros de España.

En uno de los grupos que presenciaban la función de anoche, oímos el siguiente diálogo. —Ejese usted y verá cómo ninguno de los que llevan vela tiene cara de persona inteligente. —¿Y ellas?... —¡A perreds!

—Salen con la vela, por que les han hecho creer que así encontrarán novio.

—¡Pues lo que es aquella (señalando á una con nariz de loro) como no encuentre una jaula, para que le digan *dáme la patita!*

Muchas deben estar resueltas á tomar fósforos, si no encuentran su costilla después de *este sacrificio*.



¡Regeneración!... ¿Quién piensa en ella, después de lo que ayer presenciámos en las calles de Sevilla? Cuando se consienten esos actos; cuando un pueblo no se levanta airado, no á protestar, á impedir recurriendo á la violencia si preciso fuese, que se lo azote el rostro haciéndole *tragar* por fuerza lo que por natural y lógico instinto le repugna, solo es posible pensar en que vamos derechos á la bancarrota más completa. País en que tienen lugar estos *acontecimientos*, no puede surgir, cual nuevo Fenix, de entre sus ruinas. Tiene forzosamente que hundirse más en aquellos.

¿Que la masa general del pueblo es contraria á esas manifestaciones fanáticas preparadas por el jesuitismo?... Perfectamente: eso nadie lo ignora, pero nadie asimismo puede negar que la indiferencia con que se acogen esas *provocaciones*, que no otro nombre merecen, son signo indiscutible de que esa regeneración tan deseada no puede llegar, porque hacen falta para ella entusiasmos, energías, que por desgracia escasean.

La procesión salió á la calle con todo género de precauciones. Los temores de que el pueblo indignado pusiera en dispersión á aquella tropa de beatucas y corazonos, hizo que las autoridades *echasen* el resto, y aparte de la Guardia civil de á caballo que marchaba delante y detrás de la comitiva, en la carrera seguida por aquella estaba toda la fuerza de orden público y Guardia municipal existente en la ciudad.

Como era natural el alboroto tuvo que surgir; lo provocó el pánico de los cofrades y dió origen á que se cometiese un atropello inicu, incalificable y digno de las más acerbis censuras, contra nuestro colaborador el subdito francés D. Adolfo Vasseur Carrier. Este presenciaba el paso de la procesión en la calle Orfila esquina á la de Venera; por esta última cuya desembocadura la ocupaban totalmente mujeres y niños, entró arrastrado al trote largo de dos caballos, un coche. En este momento, y viendo á las personas que allí se encontraban en inminente peligro de ser atropelladas, el señor Vasseur advirtiólas diciéndoles: Apartarse que viene un coche. Algunas corrieron para evitarse el atropello y los de la vela y el corazón, creyéndose, sin duda, que había llegado su última hora, emprendieron la fuga desorganizando la procesión. En aquel momento unos guardias del municipio se arrojaron sobre el señor Vasseur, al que

atropellaron brutalmente y cogido como si fuese un criminal, lo condujeron á la prevención, hasta que el teniente de alcalde de aquel distrito, enterado de la ocurrencia por unos amigos que le visitaron, puso en libertad al detenido.

Se nos asegura que e consulado francès de la plaza entabló una reclamación por el atropello del sebdito de su nación; y por nuestra parte, podemos asegurar, que en la forma en que el señor Vasseur fué tratado por los guardias en la calle y en la prevención fué reprobable en extremo.

También hubo carreras en la plaza del Duque y pita en todas partes.

NOCHE

Las tristes y obscuras sombras de la noche ya, cayendo con abrumadora rapidez en lo profundo de los valles y en lo alto de las montañas, dando á los árboles formas imposibles. La naturaleza duerme su acostumbrado sueño en el dulce regazo del reposo, y en la cercana aldea escúchense los potrereros tañidos del toque de ánimas, lanzados al espacio por la añosa y cargada campana de la iglesia. Es la hora de la quietud y de la tranquilidad. Los pajarillos suspendieron sus alegres y divinas notas, ocultándose en las copas de los árboles, que parecen inclinarse como buscando el reposo en la tierra; las flores cerraron sus corolas, negando así sus gratos perfumes á la noche, para abrirlas al contacto del primer beso del sol, y á la caricia de la primera gota del rocío, que brillará como una lágrima; y las mujeres, las hermosas mujeres, tornaron á sus sagrados hogares, no bien observaron á las tinieblas invadiéndolo todo.

La noche con sus negras alas y sus oscuras tintas ha tomado posesión de lo que en el día es color, vida y alegría, imprimiéndole ese tono triste y característico de lo oscuro.

Con la noche, acuden al espíritu sueños imposibles, quimeras vanas, visiones celestiales, que van y vienen atropellándose delante de los ojos, mientras que en la imaginación y en las células del cerebro las ideas se aglomeran, produciendo un estado psíquico especial, y una nerviosidad extraordinaria. La memoria funciona con rapidez vertiginosa recordando á la mujer que ha herido el corazón con el agudo dardo del cariño, y que aparece en el flotante cenital de los sueños, exuberante de juventud y belleza, sonriente de satisfacción y llena de encantos y atractivos que cautivan y enloquecen por manera rapidísima.

¡Mujer hermosa, mujer encantadora, mujer pura, que de tus ojos brota la alegría y de tu boca la gracia; yo te recuerdo, para olvidarte, cuando llegue á la muerte, ese triste final de la vida!

Noche era cuando la ví por vez primera en el departamento del coche de un tren que corría desesperadamente por los solitarios campos, envuelto en densas nubes de humo y polvo, mientras que la máquina silbaba rasgando las tinieblas con sus faroles rojo blanco, semejantes á ojos de cíclopes. Solo en la oscuridad de aquel reducido espacio, ella sentada frente á mí, dibujándose su busto divino en la penumbra de la ventanilla, y yo mirándola, sin atreverme á hablar, admirando su alba frente, sus cabellos negros, desordenados por el largo viaje, y sus ojos verdes de una claridad extraordinaria.

Noche era cuando llegamos al término de nuestro viaje, y noche también cuando tornamos á vernos, para darnos una prueba de cariño tan incommensurable como nuestro amor, en las lóbregas de un aposento infinitamente grande, donde no había otra claridad que la de sus ojos...

Noche que me ha dejado gran impresión en el alma, y que recuerdo con alegría infinita, llevando mi pecho de goces inefables, mientras en mi mente se produce ese estado especial que comunica los sueños del espíritu. En ella he aprendido más que en muchos años de vida. Mirando la obscuridad que nos envolvía, pensé en que la noche es la mejor hermana del amor, porque protege á los amantes ocultándolos en sus cenitales de sombras y vela el sueño con la negrura de sus tinieblas...

RAFAEL HEREDIA

De mis libros

La ciencia es el conocimiento organizado, y para que el conocimiento pueda ser organizado, es menester ante todo que exista.—Heriberto Spencer.

—Mi resolución está tomada: os declaro que antes quiero ser ladrón que mendigo.—J. Rousseau.

—Necesito razones para someter mi razón.—Honorato de Balsac.